

Benito Juárez, héroe de un poema de evocación virgiliana

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Universidad Nacional Autónoma de México

tarher@servidor.unam.mx

RESUMEN: El humanista Francisco José Cabrera dio una aportación notable al Bicentenario del natalicio de Benito Juárez. Creó un poema épico-lírico que enfatiza y comenta los momentos culminantes de la vida del Benemérito de las Américas. Comienza por resumir sus estudios de humanidades que lo llevaron del seminario a la carrera de leyes, a la gubernatura de Oaxaca y a la presidencia de los Estados Unidos Mexicanos. Resume con acierto las fricciones con los Estados Unidos y luego con las huestes de Napoleón III, hasta llegar a enfrentarse victoriamente con el Archiduque Maximiliano. Y todo ello es presentado en brillantes hexámetros latinos que reflejan los más memorables momentos de la *Eneida*.

* * *

ABSTRACT: The modern scholar Francisco José Cabrera made a remarkable contribution to the Bicentennial of Benito Juárez's birth. He wrote an epic and lyric poem that emphasizes and comments the most important moments of Juárez's life. It begins by Juárez's studies of the Humanities, that led him from the Seminary to study law, then to the government of Oaxaca and then to be the President of Mexico. It describes the conflicts with the United States and Napoleon III's army, and the victorious battle against the Archduke Maximilian. The poem is composed in brilliant latin hexametres which reflect the most significant moments of the *Eneid*.

PALABRAS CLAVE: Cabrera, *Eneida*, Juárez, latín, neolatín, poesía, Virgilio.

RECEPCIÓN: 24 de agosto de 2006.

ACEPTACIÓN: 3 de octubre de 2006.

Benito Juárez, héroe de un poema de evocación virgiliana

Tarsicio HERRERA ZAPIÉN

Pacis nectit opus qui iura aliena tuetur
El respeto al derecho ajeno es la paz

Vio don Francisco José Cabrera en 2005, que se aproximaba el segundo centenario del nacimiento del prócer Benito Juárez, y se sorprendió al reflexionar en lo mucho que había tenido que ver el admirado patrício oaxaqueño con la cultura clásica.

Ante todo, lo encontró conectado con el Derecho Romano, en su lema capital *Ius est... suum cuique tribuere*.

El licenciado Cabrera comenzó por notar que el tan conocido lema que identifica a Benito Juárez (“El respeto al derecho ajeno es la paz”), viene de dicho concepto romanista, y puede traducirse al latín clásico en un áureo hexámetro, que Cabrera redactó así:

Pacis nectit opus qui iura aliena tuetur.

Vertido literalmente, dice:

Teje una labor de paz quien el derecho ajeno respeta.

Pero luego, nuestro licenciado poeta se siente inspirado para presentar la vida de don Benito bajo una perspectiva épica, evocando los hexámetros memorables de la *Eneida*.

Don Francisco Cabrera ya había llegado a dominar a fondo la versificación del latín clásico en los diez poemas que había dedicado a las ciudades, a los poetas y a los héroes de México

que ya hemos estudiado en varios ensayos. Así había acumulado el sabio poeta más de 10 000 hexámetros.¹

Por ello, en el bicentenario del patrício de Guelatao, el licenciado poeta vio oportuno brindar a Juárez un poema neolatino; en él llegó a sumar 409 hexámetros, que ha añadido a los 10 000 citados.

Ante todo, Cabrera notó que don Benito fue un osado patriota que sirvió con desinterés a la patria y supo cumplir generoso su deber. Ya ello era un punto de arranque para inspirarle un austero himno en sus amados hexámetros latinos, los cuales refuerzan la tesis de la continua vitalidad de la lengua de los césares, a cuyo estudio se dedican, tan sólo en Norteamérica, tres sociedades internacionales.²

Consagró Cabrera a su creación buena parte del año 2005, para tener impreso su poema laudatorio a principios del año del bicentenario.

Ahora bien, este es un poema cenital compuesto por don Francisco al filo de sus noventa años. Y ha acabado siendo en él decididamente virgiliano, desde los dos sustantivos iniciales hasta la página final. En efecto, mientras cita a Horacio tres veces, y a Ovidio una vez, en este himno encontramos, para un ojo agudo y creativo, no menos de veinte referencias a Virgilio.

Cabrera tituló su poema *Benito Juárez, 1806-1872*. A él dedicamos este ensayo, del cual empezamos a verter rítmicamente abundantes hexámetros.

Y comienza así:

¹ Estos poemas neolatinos de Francisco José Cabrera son los siguientes: *Laus Guadalupensis* (698 versos), 1998; *Mexicus Tenochtitlan* (432 versos), 1998; *Angelopolis* (244 versos), 1998; *Tamoanchan, Elyseum* (246 versos), 1998; *Quetzalcoatl* (363 versos), 1999; *Quauhnahuac* (199 versos), 2000; *Gonzalo Guerrero* (585 versos), 2001; *Ioannae virginia laudes* (403 versos), 2002; *Amato Nervo poetae encomium* (354 versos), 2003, y *Malintzin* (418 versos), 2003.

² International Association for Neo-Latin Studies (Austin, Texas), Septentriionale Americanum Latinitatis Vivaee Institutum (Los Ángeles, California) y Familia Sancti Hieronimi (Clearwater, Florida).

*Nomen et acta viri, tenui de stirpe creati
 Australi regione soli, genitalis origo
 Mexiceae gentis, plectri celebramus honore.*

Verteré en hexámetros castellanos todos los hexámetros latinos que vaya citando:

El nombre y hechos del varón nacido de estirpe modesta
 En la zona austral de su suelo, origen nativo
 De raza mexica, celebramos con la honra del plectro.

El inciso inicial, con sus dos objetos directos paralelos, *Nomen et acta viri*, ya nos recuerda el *Arma virumque cano* que inaugura la *Eneida* de Virgilio.

Sigamos el desarrollo del poema de Cabrera, y analicemos en él los influjos virgilianos.

El poeta poblano señala que Juárez fue un impulsor de la cultura y del amor a la patria. Además, tuvo el mérito relevante de haber hecho huir de su patria a los nutridos ejércitos extranjeros, con el solo objetivo de alcanzar la paz. Y así lo canta Cabrera:

*Ille, cui meritas Victoria pandere pennas
 Annuit, et densos depellere finibus hostes,
 Laurigerum tandem, civili Marte peracto.
 Imperium legis concorde pace beavit (vv. 6 ss.).*

O sea:

Él, a quien la Victoria dejó extender sus alas gloriosas
 Y expulsar a abundantes enemigos de sus confines,
 Al fin, vencido de Marte civil, alegró en la concorde
 Paz de la ley a su imperio coronado en laureles.

Véase cómo el licenciado Cabrera vuelve en este himno patriótico al amado Virgilio que en tantos poemas ha recordado.

Desde el verso 6 leemos el verbo *pandere*, en la misma posición en que aparece en la *Eneida*, con sólo una variación de la forma verbal: *Velorum PANDIMUS alas* (*Eneida*, III, 520).

Y sigue resonando el ambiente virgiliano en la segunda mitad del hexámetro siguiente:

Depellere finibus hostes (v. 7) evoca el final de Virgilio, “*moriturus in hostes*” (*Eneida*, II, 511). De modo similar resonaba el virgiliano *honore*, del verso 3: *Plectri celebamus honore*, que nos recuerda este pasaje de la *Eneida*: *Aris implet honores* (*Eneida*, I, 49).

Caso parecido es el de *Marte*, en el hemistiquio *civili Marte peracto* (v. 8), que se leía en la misma posición de la epopeya virgiliana: “*Et caeco Marte resistunt*” (*Eneida*, II, 335).

A continuación, con lúcido toque implora Cabrera el auxilio de Quetzalcóatl para cantar a su héroe:

Quetzal, affer opem, Oaxacae fautor aviti sanguinis (v. 11).

Dame tu apoyo, Quetzalcóatl, fautor de la raza vetusta
de Oaxaca.

La infancia del patrício

Ya en la línea narrativa, el poeta Cabrera retrata a Benito Juárez niño, pastoreando ovejas desde los ocho años, al suave acento de su caramillo. Benito podía haber seguido ejerciendo ese modesto oficio si el rey de las Musas (ya fuera Apolo en Grecia o Quetzalcóatl en México) no le hubiera inspirado metas más elevadas, como el ansia de estudiar y el entusiasmo de superarse.

El muy difundido y documentado aserto de que los ministros del altar eran gente culta, le inspiró el deseo de irse a estudiar entre ellos. Cabrera lo dice así:

*Ex longo dici doctos a plebe ministros
Numinis audierat...
Et sibi fingit eos sectari ut disceret artes* (vv. 24 s. y 27).

Tiempoatrás había oído decir entre el pueblo que eran
 Cultos los ministros del Señor...
 Y decide seguirlos para ilustrarse en las ciencias.

Subraya nuestro poeta que Benito nunca se inclinó a la vida de los eclesiásticos, pero sí amó su dedicación al estudio. Así que decidió correr a Oaxaca para entrevistarse con ellos.

Se entera el joven de que en Oaxaca hay un varón muy piadoso que se dedica a proteger a los hijos de campesinos. Benito sabe que este varón es un terciario franciscano que reza en la catedral buena parte del día, y al atardecer regresa a su casa. Se trata de quien sabemos se llamaba don Antonio Salanueva.

Benito acude a él mientras lo ve orando en la catedral y le pide orientación, al tiempo que le ofrece por su parte su modesto trabajo. El poeta refiere así dicho encuentro:

*Obstupuit senior, pueri miratus acumen,
 Et sibi constituit sobolem deferre lycae,
 Quod serit, ut dicunt agri de more, ministros* (vv. 43 ss.).

Vierto:

Se pasmó el anciano, admirando la agudeza del niño
 Y se decidió a llevar al pequeño al liceo
 Que —como dicen con dicho campestre— “siembra”³ ministros.

Así que Benito es guiado hacia la cultura romana. Y el poeta describe así los esfuerzos del novel latinista:

*Inter grammaticos conatur tiro latina
 Voce loqui, patrias anceps dum saepe loquelas
 Ore amat, Latiamque exercet mente palaestram* (vv. 47 ss.).

Traduzco:

³ El liceo que “siembra” (*serit*) ministros es el seminario eclesiástico.

Entre los gramáticos se esfuerza el estudiante en hablar con voz latina, mientras dudosamente a menudo pronuncia dichos nativos, y ejerce con empeño el habla del Lacio.

Así se mezcló Benito al selecto grupo de intelectuales formados en los seminarios religiosos, que tantas celebridades han producido. Entre ellos se cuentan los abogados que fueron poetas relevantes, como Ramón López Velarde, Manuel José Othón, Ambrosio Ramírez, el jurista y obispo Clemente de Jesús Mungía, y el poeta y periodista Amado Nervo.

Benito entre juristas

Benito nunca se ve atraído por la vida eclesiástica, y prefiere hacer estudios jurídicos. Allí sí se muestra sobresaliente. Su actividad judicial brilla en este hexámetro que incluye voces tan clásicas como *clamosas* y *vehementer*:

Clamosas inopum causas vehementer agebat (v. 53).

Llevaba con empeño las ruidosas defensas de pobres.

Pronto comprende Benito que los cursos de filosofía que completa en el Seminario le servirán, no para el sacerdocio, pero sí para lanzarse a la carrera de abogado. Porque al joven Juárez “las leyes le parecieron la antesala del poder, y dejó el Seminario en 1828”.⁴

Cuando Juárez llega a gobernar en Oaxaca, el pueblo le exige el cumplimiento de las leyes, y él, como gobernador que fue de 1847 a 1852, supo imponerlas en pleno.

Inclusive, siempre puso empeño en apaciguar los conflictos y en evitar reacciones iracundas.

⁴ Joseph H. L. Schlarman, *Méjico, tierra de volcanes. De Hernán Cortés a Ernesto Zedillo*, trad. Carlos de María y Campos, adiciones José Gutiérrez Casillas, México, Editorial Porrúa, 1997 (16a. ed.), cap. XVIII, p. 346.

Llega ahora el poema a un punto culminante en que Juárez aparece como enérgico estadista.

*Fas et iura fovens, ad publica commoda vertit
Legifer imperium Legis, rectumque reducit* (v. 36 s.).

El derecho y lo justo igualando, hacia públicos bienes
Dirige él, legista, el mando de la Ley, y funda lo recto.

¿Quién no recuerda aquí a Horacio en su *Epístola a Augusto*?:

In publica commoda peccem (*Epístola*, II, 1, 3).

Pecaría yo contra públicos bienes.

Como excepción dentro del poema virgiliano, Cabrera ha aludido aquí a Horacio.

Aquí presenta Cabrera la primera de las tres referencias a Horacio que incluye en esta obra, junto con una a Ovidio. Como ya dijimos, forman notable contraste con los citados veinte incisos virgilianos.

A continuación, Cabrera resume concisamente las tareas que encabeza por entonces Benito Juárez: tras apaciguar las diferencias cívicas, apoya la cultura en el límite que lo permite el reducido erario. Por otra parte, pone todo su empeño en que los campesinos ejercent la rotación de cultivos, que cuiden los ganados errantes, y que los suelos en declive sean reforestados.

Además de la agricultura, todavía había otra riqueza nacional que desarrollar: la del beneficio de las minas de oro y de plata.

Ya había roto México las cadenas del tirano español, y era hora de componer las diferencias internas entre los ciudadanos.

Se vivían tiempos difíciles. Había surgido el Plan de Ayutla que emanaba de los revolucionarios de esa población: Co-

monfort, Álvarez, Juárez, Ocampo, Prieto y Lerdo de Tejada, levantados todos contra Antonio López de Santa Anna.

El poeta resume la situación en estos hexámetros que comienzan con el épico pasaje *scinditur... sententia voces*, que nos recuerda el hemistiquio de la *Eneida*, II, 35:

Et quorum melior sententia compos

y los que tienen dictamen más justo.

Así canta Cabrera:

*Scinditur in binas populi sententia voces,
Ex quibus una iugum Cleri censusque fatigat,
Nec minus armiferum tumidi fastidia moris.
Altera plus aequo rerum retinacula poscit
Quaeque decent cives naturae iura renutat* (vv. 74 ss.).

Traduzco rítmicamente:

La decisión del pueblo se escinde en dos opiniones:
Una de ellas fustiga el predominio y riqueza del Clero,
Y también la altivez del gesto adusto en las fuerzas armadas.
La otra reclama más de lo justo el control de los hechos
Y rehúsa derechos que por natura a los hombres atañen.

El joven Juárez es conocido entre los demás oradores por su saber y valor, no menos que por la destreza de su segura elocución. Así que está ya adiestrado para ascender a los altos estrados y para asociarse con quienes batallan por la libertad nacional.

Corre por entonces entre diversas poblaciones un rumor inquietante que ocasiona discusiones sin límite. El poeta lo resume así:

*Instabile una manet pacis fiducia regnum,
scilicet, oppositis patiens concordia-discors* (vv. 86 s.).

Sólo espera el inquieto país una confianza de paz,
 Esto es: una concordia – en – la – discordia que a opuestos
 tolere.

Es evidente que viene del *Arte poética* de Horacio el oxímoron *concordia-discors* (*Arte poética*, v. 514). Es la segunda cita excepcionalmente horaciana, dentro del poema más marcadamente virgiliano de Cabrera.

Y el vate sigue describiendo la situación: los movimientos civiles se asemejan a los de una nave que siente rechinar su relajado maderamen. Por todos los poblados se elevan incendios guerreros. ¿Qué hacer en medio de tan grave fricción, entre tantas matanzas de hermanos?

Cabrera sintetiza el conflicto, iniciando el primer hexámetro con el epíteto *integer*, que nos recuerda ligeramente el inicio de la *Oda*, I, 22, de Horacio:

Integer vitae scelerisque purus

El de vida íntegro y de crimen puro.

Declara Cabrera:

*Integer, huc illuc dum civica bella geruntur
 Juarez, iura vocans, in sceptra reponere leges
 Imperat, et bellum damnat civile togatus:
 Cana fides iurisque modus vis unica sunto* (vv. 93 ss.).

Traduzco:

Íntegro, en tanto de aquí a allá las cívicas guerras estallan,
 Juárez, pidiendo el derecho, ordena guardar en su cetro
 Las leyes y, como jurista, guerras civiles condena:
 “¡Que limpia lealtad y norma legal sean la única fuerza!”

Así ha formulado Cabrera en clásica latinidad una nueva sentencia célebre de Benito Juárez.

Luego, nuestro poeta anexa aquí una imagen de raigambre virgiliana, que no está lejos de la energía de Homero:

*Non secus ac robur, validis radicibus haerens,
Perstat et in altum concussa cacumina tollit!*

¡No de otro modo el roble, aferrado en sus fuertes raíces,
Está firme y eleva hacia lo alto su ramaje golpeado!

El enemigo que llega del norte

Por entonces México, en medio del agobio de la guerra civil, enfrenta otro peligro enorme. La nación que forma su frontera septentrional es un pueblo de gente rubia y empeñada en el trabajo, porque éste es siempre un instrumento seguro de superación.

Pero esa nación codicia las riquezas de las tierras mexicanas, y los gobernantes de tal territorio impulsan a sus funcionarios a ofrecer abundantes dólares por las extensiones vecinas.

Don Francisco despliega así la situación:

*Hic, immane solum, Patriae pars pristina terrae
vulgus ad arma vocat, turgens et iura minatur
frangere, discidium vocitans. Vafer excubat oris
externus, volvens seiunctae accedere terrae (vv. 107 ss.).*

Y la traduzco:

El suelo inmenso, que parte antigua de esta tierra formara,
Convoca al pueblo a las armas y romper derechos amaga,
exaltado hacia la lucha. Acecha el astuto extranjero
En las fronteras, buscando acceder a la tierra escindida.

Es de notar el sabor altamente épico del inciso *discidium vocitans*.

Se levanta por entonces una enorme polémica entre los partidos. Unos opinan que hay que castigar a quienes apoyan a los invasores, pero otros proponen que las autoridades, callando la ira, cedan las tierras a los yanquis, a fin de que México no se vea envuelto en una lucha sangrienta, pues tal coyuntura invitaría a los extranjeros a que lo despojaran de todo su territorio.

Tan razonable propuesta no puede calmar los ánimos, sino que el pueblo irreflexivo clama por la guerra.

Cabrera canta así la tensa situación:

*Bellum conclamat agrestes
Et cives coeunt aciesque et rostra forumque* (vv. 118 s.).

El campesino reclama la guerra,
Y a ella convergen civiles y tropas, tribunas y foro.

Es plenamente áureo el sabor de tal enumeración en parte realista, y en parte metonímica.

Y Cabrera continúa cantando con una densidad virgiliana:

Oh, quantum luctus, quantum mens laeva pudoris (v. 120).

¡Oh, cuánto luto, cuánta pena tuvo la mente dañada!

Ante esta *mens laeva*, recordamos otra vez a Virgilio, favorito de Cabrera en este poema, donde recuerda la *Eneida*, II, 54:⁵

Si mens non laeva fuisset.

Si la mente adversa no fuera.

La decisión favorable a la violencia causa enorme luto y vergüenza a México.

El rubio vecino se exalta y aplasta a ciudades enteras con el poderío de sus armas, y ordena que la paz se pacte a su manera:

⁵ Con eco también bucólico: *Églogas*, I, 16.

*Tum factio foedere pacto
Exitiale nefas, nimio spoliantur ab hoste
Dimidio regni! Nummis obiecta rapina est* (vv. 123 ss.).

Entonces con falso acuerdo pactado,
¡oh infiusta desgracia! ¡El rudo enemigo los deja privados
de medio reino! Con dinero el robo ha quedado ocultado.

Es de un gusto plenamente virgiliano la exclamación parentética *Exitiale nefas* (¡Oh infiusta desgracia!). Ella nos recuerda otras similares de la *Eneida*, como *Horresco referens!* (¡Me horroriza referirlo!). O como *Miserabile visu!* (¡Cosa miserable de verse!). O como la variante *Mirabile dictu!* (¡Cosa admirable de decirse!).

Por entonces tiene México una faena inmensa por delante. Primero debe mantener la paz, y luego reconstruir las ciudades arrasadas por las batallas. Tras las prolongadas guerras, los nacionales ven sus fuerzas diezmadas. Los campos están secos, pues los labradores han huido de ellos, y todos los ciudadanos se muestran impotentes ante tanta adversidad.

Pide los bienes de la Iglesia

Aquí trata don Francisco Cabrera el aspecto más debatido a que ha dado lugar el presidente Juárez. En efecto, el único ámbito no saqueado por los invasores eran las propiedades de la Iglesia.

Hay quien opina que Juárez ordenó el despojo de los templos y conventos. Pero Cabrera interpreta lo sucedido como la decisión de pedir ayuda a la institución peculiarmente piadosa, en tiempos en que el país estaba en ruinas.

Don Francisco no sólo busca un ángulo constructivo, sino que resuelve salomónicamente el conflicto en estos versos de notable belleza clásica:

*Unicus est portus, populo spes una salutis,
 Quas concessit opes, populi pia munera, censu
 Candida Relligio miseris ea dona rependat;
 Relligionis opus primo est succurrere lapsis* (vv. 131 ss.).

Los interpreto así:

Sólo hay un refugio para el pueblo, una sola esperanza:
 Que los recursos reunidos, píos dones del pueblo en limosnas,
 La generosa Iglesia los devuelva a los pobres cual dádivas;
 Deber primordial de la Iglesia es socorrer a los pobres.

Sabia solución de don Francisco Cabrera. Él busca el sentido optimista a lo que otros han visto sólo desde el aspecto deprimente. En efecto, los edificios de la Iglesia —colegios, hospitalares y conventos— fueron puestos en venta, y hasta en remate, con el fin de que lo que solía llamarse “bienes en manos muertas” produjeran beneficios para los necesitados. Ya si algunos acaudalados acapararon muchos de esos edificios y les sacaron beneficios para su propio peculio, eso estaba fuera de la intención de don Benito.

Volviendo al aspecto literario, subrayamos el hexámetro

Unicus est portus, populo spes una salutis (v. 131).

En efecto, nos recuerda el hexámetro más peculiar de los troyanos que ven su ciudad invadida e incendiada por los griegos:

Una salus victis nullam sperare salutem (*Eneida*, II, 354).

Sola salud del vencido es ninguna salud esperar.

Y luego, procedemos a analizar el hexámetro:

Relligionis opus primo est succurrere lapsis (v. 134).

Deber primordial de la Iglesia es socorrer a los pobres.

Éste nos evoca el momento en que Dido ofrece alojamiento al príncipe naufrago Eneas, y declara:

Non ignara mali, miseris succurrere disco (Eneida, I, 630).

No ignorando el mal, a socorrer a infortunados aprendo.

Así, se confirma la abundancia de referencias virgilianas en este poema épico de Cabrera.

Él nos refiere que Juárez comunica su decisión a la Cámara de Diputados. Los propios partidarios del presidente quedan en suspenso, mientras los demás representantes se muestran del todo reticentes. La mayoría se opone, y otros se debaten en la duda: ¿Convendría tomar la decisión sacrílega, o bien abstenerse de ella?

He aquí el elogio de Cabrera a la elocuencia persuasiva de don Benito:

*Sed Juarez animi praeclaris dotibus usus,
Incertos firmat doctus stimulatque remissos.
Et grave persuadens hortaminis argumentum
Litis in acceptum tandem pars plurima venit (vv. 140 ss.).*

Vierto:

Mas Juárez, usando de su talento las dotes preclaras,
Reafirma docto a inseguros y estimula a remisos.
Y el grave argumento persuasivo de su exhortación
Llevó por fin a la mayor parte a aceptar lo debatido.

Cuando los rumores de este acuerdo llegaron al pueblo piadoso, éste se enardeció y acordó levantarse en armas, esas armas que complacen a los militares pero que llevan el luto a los campesinos. Cabrera lo dice así:

Arma geri, praelata viris et flenda colonis (v. 146).

Que alcen armas, que soldados prefieren y lloran labriegos.

La antítesis de dolorosa nitidez nos recuerda el hemistiquio de las *Geórgicas*:

Abductis arva colonis (*Geórgicas*, I, 507).

Así, ya antes de la mitad del poema a Juárez, Cabrera ha introducido una decena de referencias virgilianas y da señales de insistir en ellas más adelante.

En tal situación, los economistas son forzados a dejar descubierta la pesada deuda externa y a trasladar el erario público a las armas destructoras. Las deudas pactadas con potencias extranjeras, que tanto se habían demorado, no se pudieron afrontar sino por medio de una nueva demora.

Invasores de ultramar

Ahora, el poeta Cabrera sintetiza así la actitud belicosa de los países acreedores:

*Hispani et Galli proceres totidemque Britanni
Quaestu solliciti pingui belloque parati,
Foedere devincti iusta atque injusta reposcunt* (vv. 151 ss.).

Traduzco:

Próceres hispanos y franceses y otros tantos britanos,
Ávidos de pingüe ganancia, y para la guerra equipados,
Unidos por un pacto, reclaman lo justo y lo injusto.

La nueva antítesis del verso 153 nos recuerda otra referencia virgiliana:

Memores fandi atque infandi (*Eneida*, I, 543).

Recordando lo bueno y lo malo.

A los extranjeros los empuja la avaricia y los jala la jugosa rapiña. Ya recorren el mar, y su flota es lanzada a las vastas planicies,

Aere micans clavumque regens ad solis occasum (v. 156).

Reluciente en bronce y guiando el timón del sol hacia el ocaso.

Apenas el presidente recibe nuevas de la flota que le amenaza, ordena artillar con fuerza los débiles puertos de ambos litorales.

No bien las proas invasoras han tocado las costas mexicanas, presionan los puertos con estrecho asedio y saquean las aduanas con su fuerza bélica, a fin de recuperar sus créditos con todo su poderío. Mas la ávida codicia de los capitanes no se detiene ahí.

Ya se aprestan a imponer al reino el cetro de su vasto imperio bajo el mando del César gálico.

Y la invasión es descrita incisivamente por nuestro poeta:

*Fracto iam magni imponere regno
Imperii sceptrum, Gallo sub Caesare, praestat.
Haec ubi furta novae socii agnovere rapinae,
Infectam rupere fidem, classisque recedens
Ad notas fraudata solo se condidit oras* (vv. 165 ss.).

Doy mi versión:

Ya se aprestan a imponer al reino dañado
El cetro del magno imperio, bajo el gálico César.
Al saber los aliados estos hurtos de nueva rapiña,
Rompieron el pacto viciado, y la flota engañada,
Abandonando estas tierras, a las propias costas volvióse.

El poeta describe enérgico las reacción desalentada de la ciudadanía. Aquí trae de nueva cuenta la *Eneida*, donde Laocoonte baja al campo abandonado por los griegos,

Primus ibi ante omnes, magna comitante caterva (Eneida, II, 40).

Primero ahí entre todos, de una gran multitud enmarcado.

Así ha cantado Virgilio en II, 40, no menos que en II, 370, en IV, 176, y en V, 76. Eso es lo que se llama una frase favorita de Virgilio. Por ello es también favorita de nuestro vate virgiliano Francisco Cabrera.

Así lo canta:

*Civica magna manus, plebis comitante caterva,
Advocat imperium, rixarum turbine fessi,
Et nova iura rogan hostem, nova signa sequuti (vv. 175 ss.).*

Traduzco:

Gran parte de ciudadanos, seguidos por turba campestre,
Se inclina al Imperio, cansada del turbión de las guerras
Y piden nueva ley al invasor, tras las nuevas banderas.

Contempla entonces Juárez la patria asolada

Quantus et iste labor Patriae tot casibus actae (v. 179).

¡Y qué enorme agobio para la patria entre tantas desdichas!

Esa es, ni más ni menos, la misma expresión de Virgilio en la *Eneida*:

Nunc eadem fortuna viros tot casibus actos (I, 240).

La misma fortuna ahora para hombres entre tantas desdichas.

Por su parte el presidente, férreo, se apoya en sus valerosas tropas y exhorta a sus conciudadanos a reanudar la guerra.

Por entonces, el ejército francés ocupa ya vastos territorios. Los campesinos los afrontan con unas armas muy inferiores, y así avanza la poderosa fuerza militar apoyada en sus cañones.

Pues bien, el Presidente, firme en su entereza y audacia, fiero e indómito, habla desde el balcón de Palacio Nacional.

Quo ruitis, cives, quae tanta insania belli? (v. 182).

¿A dó corréis, ciudadanos? ¿Por qué tanta bética insania?

Naturalmente, este hexámetro tiene un nuevo hemistiquio de la *Eneida*, que dice:

Et procul: O miseri, quae tanta insania, cives? (II, 42).

Y lejos: ¡Oh infaustos ciudadanos! ¿Por qué tanta insania?

Y Juárez sigue arengando a los ciudadanos:

¿Con esta nueva sedición amenazáis hundir a nuestra tierra? Soportando los riesgos de la guerra para salvar a la Patria, me yergo apoyado en los derechos ciudadanos para defender las leyes pactadas. Nos amenazan las fuerzas de la guerra, dones salvajes de Marte. Las ciudades desfallecen por la ausencia de habitantes, y los campos se ven despojados de nuevas cosechas por fingidos labradores (*arvaque messe nova ficto spoliata colono*, v. 188).

Así se expresaba también Virgilio en sus *Geórgicas*, I, 507:

Squalent abductis arva colonis.

Se secan, despojados de labriegos, los campos,

Ya en esta etapa llevamos enumeradas más de quince referencias a Virgilio en este poema.

Y continúa Cabrera refiriendo la arenga de Juárez:

*“Hostibus haud pridem Patriae pars altera adempta est.
Hoc caput in belli turpes exponere poenas*

*Ante iugo quam te violet peregrina potestas
Mexice, maluerim". Populo sic fatur et aestus
Inspirat patrios terrae natalis amore (vv. 189 ss.).*

Traduzco:

“No ha mucho nos quitó el enemigo la mitad de la Patria.
Yo preferiría arriesgar mi vida a rudos tormentos de guerra,
Oh México, antes de que una extranjera potencia te hundiera
Bajo su yugo”. Así habló al pueblo y un patriótico fuego
Le inspira por el amor a su tierra nativa.

Luego aparecen nuevamente las sinédoques caras a los poetas latinos. Así sucede en el pasaje:

*Post varios Martis casus alternaque fratrum
vulnera (vv. 194 s.).*

Tras los variados eventos de Marte y heridas alternas de hermanos.

Después de diversas alternativas bélicas y de varias batallas fratricidas, el enemigo opriime al país dividido y, guiando a un ejército más poderoso, va a ocupar sus más apartados territorios.

Las tropas conservadoras convocan al pueblo para que se alíe a las fuerzas reales, y así logren que los poderes del país se desplomen. Es el momento de que el Jefe —en palabras de Cabrera— hable así a sus tropas:

*Deproperate fugam, pugnae labefacta furore
Regna iacent. Acies numero vexatur et armis.
Cuncta ruunt! At nos et fas et iura tenentes
Magna manent Patriae virtute et viribus empta! (vv. 202 ss.).*

Viento:

Aprestad la fuga: por furor de lucha yace derruida
 La provincia. Al ejército la fuerza y las armas lo humillan.
 ¡Todo húndese! Mas a los que tenemos la fuerza y derechos
 Gran futuro espera, a fuerza y valor de la Patria logrado!

Mientras piensa en esto, Juárez se ciñe al pecho la insignia tricolor de Presidente, que le pende del hombro. Su diestra sostiene el tomo de las leyes de su Patria cautiva.

Aquí, el poeta Cabrera lo compara al príncipe Eneas:

*Non secus ac Troiae fugiens incendia ductor
 Exsulat et secum portat simulacra Penatum.
 Ergo vectus equo vicos sub nocte pererrat,
 Arrectus Patriae rebus succurrere lapsis* (vv. 209 ss.).

Traduzco:

No de otro modo que el Jefe, huyendo a los incendios de Troya,
 Se destierra y lleva estatuas de Penates consigo.
 Así que, cabalgando, recorre los pueblos de noche,
 Empeñado en socorrer a su Patria en desgracia.

Así nos recuerda el vate Cabrera a Eneas sosteniendo a su padre que lleva en brazos a los Penates. Naturalmente, evoca a Virgilio cuando hace que Eneas diga a su padre:

Tu, genitor, cape sacra manu patriosque Penates (*Eneida*, II, 717).

Toma tú, padre, en la mano lo sacro y los patrios Penates.

Cuando el Presidente llega incólume a su objetivo anhelado, de inmediato se complace en ver al grupo de sus aliados.

Su desaliento lo expresa el vate poblano con su única evocación del poeta Ovidio en la elegía del día de su destierro, donde leemos:

Qui modo de multis unus et alter erant (*Tristes*, I, 3, 8).

Que ahora, de entre muchos, eran uno que otro.

Cabrera dice, a su vez:

Ex multis, heu!, vix aderat unus et alter (v. 215).

De entre muchos, ¡ay!, apenas estaba presente uno que otro.

Cabrera hace pensar a Juárez: “Huyen a distintos lugares, mas todos mis amigos tienen un fin común y sus ánimos coinciden en objetivos concordes”.

Así murmura el Presidente, en tanto que el carroaje lo lleva con sus allegados.

Luego, el poeta describe con alto sabor bucólico el peregrinaje del Presidente Juárez:

*Per patrios colles, per et avia ruris eentes
Festinat alacres, insomni lumine noctu,
Excubias hostisque dolos vitare parati.
Errantes cernunt oviumque bouumque magistros,
Incensisque vident vestitos messibus agros,
Collapsas turres et propugnacula regni
Conspiciunt trepidi geminatis diruta pugnis* (vv. 219 ss.).

Así vierto rítmicamente:

Por las patrias lomas y lo rudo del campo vagando,
Azuza aun a los veloces, en noches con ojos insomnes.
Prestos a huir de las guardias y engaños del enemigo.
Ven errantes a los pastores de ovejas y reses,
Y ven los campos con mieses calcinadas cubiertos,
Y estremecidos contemplan derribadas las torres
Y bastiones del reino demolidos por luchas frecuentes.

Juárez se queja:

¡Ay, dolor! ¡A dónde ha llevado la discordia a los hermanos enloquecidos, y qué lamentable destino ha hundido a la Patria! La feroz disensión entre hermanos nutre la guerra civil. Ella ha

destruido nuestros elevados bastiones y ha dispersado ganados e incendiado cosechas.

Y nótese, por cierto, que este hemistiquio, *Nostras perdidit arces* (v. 329) nos recuerda, conforme a la obsesión virgiliana de Cabrera en este vibrante poema épico, el dicho de Eneas: *Quam prendimus arcem?* (*Eneida*, II, 322).

Entona luego el poeta una sólida sentencia:

Dissidium caput est irarum et summa malorum (v. 231).

La Discordia es causa de iras y acopio de males.

Los compañeros del caudillo lo escuchaban con enorme dolor.

Llega el astuto Archiduque

Nuestro vate despliega luego una gallarda descripción de la llegada del emperador:

*Iam novus Imperio fretus victricibus armis,
Ductor adest, Gallo nuper demissus ab alto
Caesare, conspectu praestans, ad utrumque paratus
Max nomen, lauris et stemmate clarus avitis* (v. 233).

O sea:

Ya llega el nuevo jefe, apoyado en las armas triunfantes
Del Imperio, enviado hace poco por el César altivo
De las Galias, de porte gallardo, a todo evento dispuesto.
Maximiliano de nombre, en bastión claro y rancios laureles.

Hablando amable, parece extender pacíficamente una rama de oliva al errante Jefe de Estado hacia su sede, hasta ahora vacía. El caudillo oyó sus palabras, y no dejó de captar en ellas el fraude. Él seguía atento al fluctuante futuro.

Una buena parte de la nación se inclina hacia el mando imperial, admirado de la pompa de la corte.

Así lo narra nuestro vate neolatino:

*Regis opus mirans regni pars altera gentis,
Imperii pompa regisque accensa paratu
Gestit ovans alienas petens pro pace perenni
Sceptra domi, regni ductu non fida priori* (v. 244).

Traduzco:

Una parte de la gente, del rey admirando las fuerzas
Ardiendo en la pompa imperial y encendida en regio boato,
Se agita gritando, pidiendo para una paz duradera,
Cetros ajenos en casa, no fiando en el previo gobierno.

Gran parte del partido opuesto también suspira por la paz, pero ahora una paz en la que el poder dicte el derecho para mantener el mando en plena concordia. Ahora bien, de las dos posiciones no se ha sacado una decisión unánime para resolver los conflictos de la patria.

Y, desde luego, el hexámetro que expresa este objetivo, es también virgiliano:

Iura dare et Patriae poscit succurrere rebus (v. 250).

Dictar justicia y socorrer de la patria las cuitas.

Se remite, bien al ya citado verso de *Eneida*, I, 630, o a este otro:

Instaurati animi regis succurrere tectis (*Eneida*, II, 451).

Se reaniman ánimos al socorrer la casa del rey.

Como era de temerse, se reavivan las hostilidades, que nuestro poeta narra así:

*Incurso diffusa solo vis bellica regni
Ardenti glomerata manu quatit agmina regis
Et capit excubias tectis invecta maniplis* (vv. 253 ss.).

Traduzco:

El ejército del país, por toda la Patria extendido,
Ataca en masa con ardiente mano a las tropas realistas
Y atrapa a sus vigilantes con sorpresivos comandos.

A su vez, el extranjero ataca a las fuerzas nacionales, y la suerte siempre variable hace que se multipliquen las batallas, de modo que la lucha se extienda por todo el territorio.

Si en la guerra de las Galias, el caballo de Julio César aparecía por todas partes en los campos de batalla, haciendo ondear su roja capa, así también la figura del Presidente Juárez aparecía en medio de los combates en el interior de su negro carroaje para espolear a sus tropas.

El vate Cabrera lo refiere con enorme brío:

*Circumfusa locis, nixu dum saeva geruntur
Bella pari, Juarez ductor fera prospicit arma
Ut cito, bellantum media inter praelia, rheda
Utile carpit iter, turmas hortatibus urgens* (v. 258).

Seguimos el fogoso paso de los hexámetros de Cabrera:

Mientras las luchas se extienden bravas por diversos lugares
Con similar suerte Juárez, cual jefe, ve fieras las armas,
Tal que su carro veloz, en medio del luchar de soldados,
Se abre la vía que puede, con su arenga exhortando a sus huestes.

Pronto se cumplen tres años del gobierno imperial. Las bravas fuerzas patriotas se enfrentan con furor incendiario a los ejér-citos del príncipe, los cuales resisten con suerte alternada. Esta actitud la refleja Cabrera en un poderoso hexámetro que nos recuerda a Virgilio cuando proclama en *Eneida*, II, 335:

Caeco Marte resistunt.

Con ciego Marte resisten.

Así lo canta Cabrera:

Quae modo Marte tument, animis modo deficit ardor (v. 266).

Los que ya en Marte se encienden, ya pierden ardor en su ánimo.

El poeta Cabrera cierra este episodio con una solidez visionaria:

*Ille suum deflet funesto sidere fatum,
Atria longa terens, titubanter obambulat Arcis* (vv. 267 s.).

Sigo el ritmo de Cabrera:

Él llora su destino situado bajo un astro funesto,
Y recorre amplias terrazas, paseando entre arcadas inquieto.

El patriota y sus biógrafos

Así ha venido resumiendo visionariamente el vate Francisco José Cabrera el trágico destino del Archiduque que no se resignó a vivir retozando apacible en su palacete de Miramar, de cara al Adriático.

Aceptó por ello la corona imperial de una tierra levantisca que había encontrado en él a un emperador, pero que paralelamente había elegido a un presidente constitucional que buscaba para su patria una administración digna y sólidamente establecida.

Con toda razón, el secretario de estado de Abraham Lincoln, el estadista William H. Seward, comparó a Juárez con el citado Lincoln. Ahora bien, de Lincoln existen varias biografías que lo estudian, tanto en su vida pública, analizando su mane-

jo del gabinete y su arte retórico, así como su estrategia militar, cuanto en su vida privada, que incluye su convivencia marital y hasta su psicología melancólica.⁶

En cambio, de Juárez sólo existen pocos libros relevantes. Entre éstos, el de Justo Sierra, *Juárez, su obra y su tiempo*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, reedición de 1990. Otro libro muy elogiado es el de Andrés Molina Enríquez, *La Reforma y Juárez*, México, 1906. Uno más es de Ralph Roeder, *Juárez y su México*, traducido por el autor y revisado por Alí Chumacero.⁷

Por su parte, Armando Ayala Anguiano informa, en fecha sucesiva, que Roeder no encontró editor en Estados Unidos, pues no aporta datos novedosos sobre Juárez, y sólo reelabora la información ya conocida en su época, tanto sobre Napoleón III, como sobre Maximiliano y Carlota. Únicamente logró editar este libro en México, y ello hasta que el propio Roeder lo tradujo al español y contó con la corrección de Alí Chumacero. Inclusive, el mismo Ayala informa que Roeder, olvidado, se quitó la vida en 1989.

Por su lado, Armando Ayala Anguiano publicó su biografía *Juárez de carne y hueso*, Random House-Mondadori (que prescinde de la peculiar historia del PRI).

Epílogo. Los poemas sobre Juárez

Pero hemos de añadir que, en el terreno poético, Juárez ha sido más afortunado que Lincoln.

Es bien sabido que los poetas mayores de México han creado poemas celebratorios de unas cuantas páginas.

⁶ Ver Enrique Krauze, “Juárez; se solicitan biógrafos”, *Reforma, Opinión*, 2 de abril, 2006, p. 16. Y del mismo, “Un biógrafo de Juárez”, *Reforma, Opinión*, 26 de marzo, 2006, p. 16.

⁷ Ver el artículo de Patricia López, “Retrata Krauze un Juárez real”, *Reforma, Cultura*, 31 de marzo, 2006, p. 9.

Nos referimos a “La raza de bronce. Leyenda heroica” (1902, con 6 páginas) de Amado Nervo. Y también al poema “*Vis et vir. Al Benemérito de las Américas*” (1903, con 3 páginas), de Manuel José Othón.

Disponemos de dos nuevas creaciones sobre Juárez. Uno es el poema castellano *Perfiles de barro y Juárez*, del doctor y poeta chiapaneco Henoc Cancino Casahonda, México, Senado de la República, 2006. El otro es el espléndido poema en 409 hexámetros neolatinos del licenciado poblano Francisco José Cabrera: *Benito Juárez, 1806-1872*, México, 2006. Incluye traducción al inglés del humanista William Cooper y es edición del autor.

A él hemos dedicado el presente ensayo.